

Guillén de Rezzano, Clotilde

Miguel Cané: Ensayo crítico

Humanidades [La Plata, 1921]

1922, vol. 4, p. 171-198

Cita sugerida:

*Guillén de Rezzano, C. (1922). Miguel Cané: Ensayo crítico. Humanidades [La Plata, 1921], 4, 171-198. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.1769/pr.1769.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar> <http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-Compartir igual 2.5

MIGUEL CANÉ

ENSAYO CRÍTICO

Hay dos clases de obras literarias : las que son leídas por muchas personas y las que lo son por pocas. Entre las primeras no suele haber gran cantidad de obras geniales y sus autores raras veces merecen los honores de la estatuaria. Las segundas son todas profundas y bien pensadas, superiores al medio ambiente en que son producidas, accesibles únicamente a la más depurada *élite* intelectual que las divulga, traduciéndolas a un lenguaje adecuado a la mayoría, de suerte que, si al cabo de cierto tiempo el público vuelve a ellas, el asunto carece ya de novedad, la forma es anticuada y las generaciones nuevas las ensalzan sin leerlas, excepción hecha del exiguo número de personas que perpetúa la tradición de la cultura superior.

La primera clase puede subdividirse en dos grupos : el primero, formado por las obras que son leídas en el momento de aparecer, por causas externas a las mismas; y el segundo, por las que son leídas con renovado placer en el transcurso del tiempo, por su valor intrínseco.

El hallazgo de un giro literario, de una colección de términos arcaicos, rejuvenecida, de una teoría que sintetiza el pensar o sentir colectivo en un momento social, levantan bruscamente a sujetos sin antecedentes culturales y explican famas transitorias que, apenas formadas, deben evaporarse con rapidez para despejar el ambiente en que nuevos accidentes literarios se bocetan.

Por el contrario, la expresión literaria del alma de un pueblo

por medio de formas verbales, adecuadas y accesibles a las mentes cultas y con estilo original, caracteriza las obras de la segunda subdivisión, que fueron, son y serán, dado que, al valor estético que les dió vida, se substituye o agrega, después, el valor histórico, que aumenta en proporción directa a la antigüedad de la obra.

Una primera lectura nos revela que los libros de Miguel Cané son accesibles a una sociedad regularmente culta; los asuntos tratados son interesantes; el desarrollo, adecuado al asunto; el estilo, ligeramente irónico, veladamente sentimental, salva con gracia y buen humor las emboscadas de la sintaxis; el vocabulario amplio, define situaciones y cosas con exactitud y, con oportunidad diplomática, suprime comentarios peligrosos en el mismo instante en que un censor severo empezaría a fruncir el entrecejo.

Oportunidad, medida, gracia, decencia, he ahí algunas cualidades que se destacan inmediatamente revelando un espíritu culto y bondadoso, que dice sinceramente lo que piensa y que elige entre todo lo que puede decir lo que ha de ser útil y agradable.

No escribió para la posteridad, ni para dejar boquiabiertos a sus contemporáneos. Salvo contadísimos casos, no escribe de acuerdo con la fórmula de *el arte por el arte*. Altruísta intelectual por excelencia, quiere difundir elementos de cultura entre los suyos, y después de deducir por analogía, que lo bello, fuente de goces estéticos para él, lo ha de ser para los demás, se impone la tarea de divulgar las más elevadas formas del arte y elige el periodismo como vehículo de persuasión y penetración popular. Su obra se hace necesariamente fragmentaria, se faceta en comentarios o notas marginales a un acontecimiento, a un recuerdo, a una lectura que dan, sin embargo, al lector atento, una sensación de unidad que, como veremos más adelante, es el resultado práctico de la unidad ideológica del autor.

Este carácter fragmentario, que será un inconveniente para dar a la obra de Cané el sitio que le correspondería por su valor intrínseco, constituirá, sin embargo, lo mejor de su reputación como fuente informativa. En efecto, como escritor del período llamado del ochenta, la lectura de sus artículos nos da sobrada-

mente elementos para reconstituir el proceso intelectual de esa época en que el espiritualismo autóctono de la raza americana se clarifica, embozándose, sin embargo, consciente de la incoherencia de toda iniciación, en una altivez irónica que se aristocratiza con Cané, Wilde y, a pesar de la familiaridad del lenguaje, con Mansilla, para resolverse luego, en nuestros días, en las licencias mordaces de la literatura dramática y periodística popular y en la superdignidad de los príncipes de nuestra prosa moderna, Lugones, Rojas, Larreta, etc.

La producción de Cané puede decirse que es contemporánea. Los asuntos que trata no han perdido interés; algunos, como los desarrollados en *Juvenilia* y *En viaje*, no lo perderán nunca; pero la importancia de los temas es inferior a la del escritor como *representative man* del período que, si no inicia nuestra literatura, señala una revesa que orienta y determina los cauces de la producción nacional.

Es este el punto de vista que adoptaremos para estudiar la obra literaria de Cané, y a la inversa de lo que recomienda la escuela crítica francesa, dejaremos a un lado antecedentes y medio, y al través de lo que escribiera, reconstituiremos las tendencias de su espíritu que, a su vez, nos resolverán la fórmula intelectual de ese grupo que recibió la tradición de la cultura argentina que volvía de la inmigración en que se acurrucara en silencio o voceara con estruendo bajo el terror de la ola sangrienta. Grupo que constituyó el núcleo que, una vez terminadas las efusiones de las familias que se reconstituían, inició la renovación de los valores, proyectando, creando, haciendo esfuerzos para dar nuevas formas en la paz, a la inspiración que injuriara con Mármol, bramara con Sarmiento, o se envileciera en las ignominias de la contienda civil bajo el puño cruel, pero necesario del tirano.

LA OBRA LITERARIA DE MIGUEL CANÉ

La obra literaria de Miguel Cané consta de un número reducido de libros, siendo *Ensayos* (1877), el primero y *Prosa ligera* (1903), el último; debiéndose colocar entre ellos sucesivamente

Juvenilia (1882), *En viaje* (1884), *Charlas literarias* (1885), *Traducción de Eurique IV* (1900), y *Notas e impresiones* (1901).

Ensayos es obra de juventud; la personalidad del escritor, aún no definida, polimorfa y cambiante, refleja las ideas adquiridas en recientes lecturas o las emociones suscitadas por tal o cual acontecimiento social o artístico inmediato. Contiene este libro, sin embargo, ciertos elementos que la observación imparcial anota con interés, así, por ejemplo, el marcado tinte romántico que inutiliza los prodrómos del que será exquisito buen gusto de Cané, el cual cae en exageraciones que responden al mal del siglo que, con un retardo de cincuenta años, atormenta a la juventud americana y extravía en forma insospechada al espiritual protagonista de *Si jeunesse savait*.

Interesante también es el estilo. Inconsistente, con muchos desmayos, con esfuerzo y pesadez, la gracia retozona y el espíritu irónico hacen, sin embargo, sus primeras armas, y es con verdadero alivio que se sale de algún lúgubre esbozo para entrar en el terreno en que las palabras combaten sin rasguños y exitan el espíritu con golpes y paradas que ya tienen el sabor literario que hará de Cané, para el lector superficial, un *causeur* insustituible.

Ensayos tiene también el mérito de poner en evidencia la cultura del medio social en que se forma el autor, cultura que debió ser intensa para hacer posible que un joven de veinte años moviera sus ideas con soltura, recorriendo, con brillo, asuntos variados y quedando, aun en la crítica (1), en la región superior de los finos espíritus.

Ensayos tiene, finalmente, a pesar de todas sus imperfecciones, un mérito muy señalado: impregnado de idealidad, es, desde la primera hasta la última página, la realización de todos los entusiasmos nobles y sinceros que enaltecen al ser humano, fundidos en un soplo de arte, en un anhelo de belleza que constituirá, más adelante, el acorde dominante que se resolverá en infinitas modulaciones frente a la naturaleza o a su expresión estética realizada.

De *Juvenilia* se ha dicho que es una joya. En efecto, sus pá-

(1) *Dos partidos en lucha*.

ginas, con «resplandecientes escenas», compiten con las mejores de Dickens en que el sutil cronista desarrolla temas de la vida estudiantil y es superior a obras similares (1) por su emotividad risueña, por lo diáfano de sus relatos que corren como si la pluma los destilara sin solución de continuidad.

Es, además, un ameno documento de la vida escolar del período comprendido entre el sesenta y el ochenta, y el lector de cabellos agrisados remoja sus arterias con la visión pintoresca del peregrino internado que alberga a los protagonistas del jocundo drama escolar.

En viaje contiene bellísimas descripciones de la tierra colombiana. ¿Quién que haya leído, diez o más años atrás, ese libro, necesita releerlo para aclarar el recuerdo? ¿Es la gracia de la descripción, es la poesía latente del relato o es la magia de esa tierra admirable que acopió las maravillas del mundo para hacer con ellas un altar a su soberbio Tequendama, que han cooperado para fijar indeleblemente escenario y personajes?

Pero, lo mejor de su mérito está en que es uno de los pocos libros escritos en América, por un americano, que trasunta amor, confraternidad y que con gesto amplio y comprensivo señala a las jóvenes naciones sudamericanas el único pacto fructífero que asegurará en la paz los óptimos frutos de la libertad. Pacto fundado con el aprecio mutuo, en el respeto de las tradiciones históricas y en la comunidad de intereses económicos, base dual de la grandeza que la ciencia, fundada en la evolución histórica, prejuzga en un no lejano porvenir.

Si alguna vez tiene palabras amargas para algún mandatario, remanente sin gloria de pretéritas luchas, los pueblos, víctimas de situaciones deshonestas, merecen todo su respeto que se revela en la más cordial afectuosidad para sus hombres eminentes y puros, llegando hasta lamentar que para designar a un americano no se disponga sino del término «extranjero» que le parece poco fraternal.

En viaje, lo mismo que *Juvenilia*, no ha de desaparecer de las bibliotecas del porvenir, y cuando enmohezcan en polvorientos sótanos, mamotretos que hoy dan fama de pensadores a des-

(1) THOMAS HUGHES, *Tom Brown's School Days*.

vergonzados compiladores de las secreciones cerebrales ajenas, esos dos libros, honrados, espirituales, que no requirieron, para ser escritos, ni biblioteca, ni fichero, serán leídos con respeto como fuente informativa y con interés como índice del gusto literario de una época.

Charlas literarias marca un momento feliz de plenitud intelectual. Su autor vibra al contacto de todo lo que le trae una sensación armoniosa de luz, color, forma o sonido. La pluma corre al servicio de lo bello, de lo bueno; se hace cálida, emotiva; quiere persuadir, convencer; y ante la incredulidad, ante el excepticismo que su intuición presiente, adquiere viriles acentos que increpan y amenazan.

Notas e impresiones señala un retroceso felizmente contrarrestado después por excelentes artículos de *Prosa ligera*. *Notas e impresiones* es una serie de artículos enviados desde Europa para ser publicados en *La Prensa* con el seudónimo «Travel» y destinados en unos casos a informar, en otros, a impresionar. Su autor, envuelto en el torbellino de la vida intensa de la gran urbe, espectador de acontecimientos que impresionan su retina de artista y su corazón de hombre bueno, se deja llevar por el mundo exterior y, guardando las respectivas distancias, es indudable que si debiera trazársele al libro una filiación generatriz habríamos de encontrarla en *Ensayos*, pues la exposición serena, ligeramente emotiva, al objetivarse en hechos triviales o de encargo, se desnaturaliza, democratizándose en el imperial reino de las bellas letras. No queremos con esto decir que *Notas e impresiones* no contenga trozos que serán leídos siempre con interés; carece, eso sí, de lo que encontramos en todas las demás obras; esto es, la nota íntima, subjetiva, y si bien el lector, a pesar del seudónimo, reconoce por el estilo al escritor, es innegable que halla en él algo insólito; le parece nervioso, trepidante, dominado por el escenario y los personajes con que actúa hasta el punto de ser arrastrado por la magnífica farándula ideológica que sin cesar marcha, de las colinas que circundan la urbe-luz, hasta las piras que arden bajo las cúpulas que enfocan el pensamiento del mundo entero, y que dando claridades meridianas al horizonte europeo, alcanzan a iluminar el despertar de las naciones de América.

De *Prosa ligera*, baste decir que contiene estudios como *Mi estreno diplomático* y *Sarmiento en París*, este último, pletórico de enseñanzas y direcciones educadoras, que por sí solas dan a Miguel Cané, en toda antología pedagógica argentina, señalado lugar como uno de los defensores del idealismo, defensa que concretó en actos brillantes como lo tiene que revelar y poner en evidencia el que estudie y escriba la historia de la creación y desenvolvimiento de la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires.

EDUCACIÓN ESCOLAR DE MIGUEL CANÉ

Su obra literaria no nos da indicaciones relativas a su instrucción primaria, en cambio nos las sugiere abundantemente de su cultura secundaria en *Juvenilia*, que se convierte en un excelente relator del estado de la educación media en el segundo tercio del siglo XIX.

En efecto, dominada la emoción suscitada por la lectura, la imaginación échase a vagar por aquel escenario lleno de personajes que viven con existencia tan propia que no se sabe a quien conceder la preferencia, y si recordamos al curita aquel que, en funciones de vicerrector, se desempeña organizando pequeñas recreaciones beatas interrumpidas, afortunadamente para la moral escolar y desgraciadamente para el refocilamento de los actores, por la ira y las bombas de unos pocos que decretan con su enérgica actitud el ostracismo del no recomendable representante del clero secular, viene luego el venerable anciano que con toda justicia distributiva turna a sus pequeños lectores que le reemplazan el cloral y a los que agradece con un refrigerio matinal digno de un ermitaño. Y no hemos acabado de sonreír bondadosamente cuando cruzan la escena aquellas autoridades escolares que, con excepcional ilustración para su época, simplifican la disciplina escolar por medio de soberbios soplamocos, que a veces degeneran en pugilatos pintorescos como aquel descrito con toda precisión desde el punto de vista de la esgrima aplicada y en que intervienen un haragán empedernido y la más alta autoridad escolar que no desdeña pedir a los pies la culminación de la obra que las manos no alcanzan, todo ello matizado con

unos «¡diande!», «¡cuando mi vida!», del más puro estilo campero.

Al lado de esas figuras principales, aparece el enjambre famélico que, superando a Job, junta tres fideos en el transcurso de treinta días en un líquido que «hace de caldo», y que se desquita de esta y otras incoherencias del *mens sana in...* etc., de aquella época, sumergiéndose en un mundo ideal en que los d'Artagnan y Aramis fulminan con mandobles de tizona a los tiranos adulterados por las mixturas pseudo-históricas del romanticismo que consiguen hacer de Richelieu un vulgarísimo bribón y de Cinq-Mars un héroe de epopeya.

Largas somnolencias, que se transforman en beatíficos sueños merced a las disertaciones de eruditos profesores, sirven para restablecer el equilibrio fisiológico que largas lecturas de *Los tres mosqueteros*, *Dos cadáveres*, *Misterios del Castillo de Udolfo*, a la vacilante luz de las colillas de velas de sebo expropiadas en ceremonias extramuros, han quebrantado.

El exceso de autoridad por un lado, la falta de ductilidad profesional por otro — resultado este último de la improvisación, que no hace aún de un sabio, un educador, — y un espíritu de Fronda que el lector siente encarnado en el futuro escritor de tan pintoresco relato, provocan una insurrección que, como primogénita de las actuales, en nada desmerece de su especie, si no es el epílogo verdaderamente deplorable para reos y jueces: Miguel Cané y su compañero son puestos a las ocho y media de la noche en la calle, sin un peso en el bolsillo, teniendo que ir a esperar la solución del conflicto, sentados sobre un banco de la plaza de la Victoria.

El escenario en que vamos ubicando los principales intérpretes del peregrino drama escolar, se complementa con manuscritos que vuelven volando a sus dueños, y con caricaturas del pozo de ciencia que «hace de profesor», diestramente fijadas en el techo por medio de pelotillas de papel.

Evocados por la imaginación, escenario y actores, no sorprende aquel «¡retírate animal!» con que se finaliza un muy poco profundo examen de griego, y no solamente no sorprende, sino que sabe a gloria el epíteto, cuando se lee la siguiente descripción del calabozo escolar: «Era una pieza baja, de bóveda: cua-

tro metros cuadrados. Tenía un escaño de cal y canto, demasiado estrecho para acostarse, y que daba calambres a la hora de estar sentado en él. Una luz insignificante entraba por una claraboya lateral y muy alta, por donde los compañeros solían tirar con maestría algunos comestibles con que combatir el régimen de pan y agua ».

En cuanto al método, se adivina que fué personal y ecléctico como la filosofía de Cousin y congéneres, y a la par de hermosas disertaciones llenas de ciencia, tenemos paradojas pedagógicas como aquella del excelente compilador de trozos literarios, empeñado en obtener del célebre Binomio, nulidad gálica reconocida, una disertación histórica en francés. La inspiración personal suple, sin embargo, la falta de preparación metodológica, y es con verdadera fruición que Cané y sus compañeros escuchan las flúidas explicaciones de su maestro, Amadeo Jacques, que al abrirles mundos inexplorados, crea interés por ellos. En esas clases dilectas son todo oídos y, sigilosamente, cierran las puertas para que el toque de campana no las interrumpa!

La clase de literatura era esperada impacientemente por aquellos lectores entusiastas, y los diarios manuscritos, redactados en horas robadas al sueño, hablan elocuentemente del favor de las tendencias literarias que se despiertan paralelamente con el desarrollo de la materia. ¿Cuál es la influencia mediata? Si hemos de admitir literalmente lo que dice Cané, hay que creer que no fué exagerada. « Pero, ¿crees tú que el Virgilio que nos hacían traducir sin comprenderlo, el Homero que leímos por recreo, o Platón, a quien se cita en nuestras aulas eclécticas como texto extravagante, pueden ejercer alguna influencia en nuestro modo de ser moral? (1) » « Lo mismo pasa con Virgilio; nos lo hacen *annoner* en la infancia, le tomamos horror y no lo volvemos a abrir en la vida, sin darnos cuenta que el magnífico poema, leído sin obligación, es una de las fuentes más puras en la que el espíritu humano puede encontrar la belleza (2). »

La clase de filosofía se desarrollaba en el terreno absurdo y anodino del eclecticismo filosófico que degenera, como es sabido,

(1) MIGUEL CANÉ, *Ensayos* : Viejo tema.

(2) MIGUEL CANÉ, *Prosa ligera* : La primera de Don Juan.

en todos aquellos en que una escasa experiencia o una marcada indolencia mental incapacitan para la crítica y discusión, en el indiferentismo, base de la poltronería que culmina en el egoísmo económico.

Cané salió de los institutos secundarios, como todos los jóvenes de su época, « siendo un dechado de escepticismo, hasta cierto punto inconsciente ». Sus estudios filosóficos fueron vagos y superficiales, tanto que él mismo afirma « que no tenía ideas fijas ». La filosofía que estudió en el Colegio Nacional le recuerda, por su poca profundidad y extensión, el curso de derecho internacional que más tarde hiciera « pasando revista a las opiniones de las autoridades consagradas por el juicio universal. Voltaire y los enciclopedistas me parecían irrefutables y las doctrinas materialistas no me presentaban duda ninguna. No comprendía el deísmo y no me asustaba el ateísmo (1) ».

En síntesis: Miguel Cané termina su educación secundaria e inicia su preparación profesional formado por la *disciplina* que acude al castigo corporal para la gestación del carácter y por la *instrucción* que descuida el desarrollo de los poderes de observación, que intensifica el cultivo de la imaginación y entorpece el juicio, por la presentación de un conglomerado filosófico sin ideales definidos. Únase a esto el conocimiento del idioma francés, que abre las puertas de la producción intelectual de un pueblo al que convergen todas las teorías, todas las corrientes del pensamiento humano y tendremos, como resultante, un espíritu en que la observación es deficiente, la imaginación brillante, el juicio inseguro y voluble, y que no se nutre con el alimento más simple y vigoroso sino con el más variado y abundante.

CULTURA POSTESCOLAR

Si recorremos la obra literaria de Miguel Cané para orientarnos en su cultura post escolar, nos encontramos con una información abundante y preciosa.

Hasta 1880, parece haber obedecido a la influencia dominante

(1) MIGUEL CANÉ, *Ensayos* : Ricardo Gutiérrez.

de la producción literaria francesa y, especialmente, la del período romántico. « Provenía principalmente de la educación intelectual recibida casi exclusivamente en libros franceses y en el gusto persistente y legítimo por la literatura de ese país que, por su criterio, novedad y la potencia de sus escritores, estaba entonces muy arriba de la contemporánea española (1). »

La literatura alemana no parece haber gozado hasta ese momento de sus simpatías. « Yo no entiendo lo que han querido decir la mayor parte de los filósofos alemanes. En esta deficiencia mía entra en mucho mi educación. He crecido leyendo libros tan bellos como claros; mi espíritu se ha enamorado de la luz y vive en el horror de las tinieblas (2). »

Sus lecturas clásicas las extendió de acuerdo con el siguiente criterio. « El conocimiento de la literatura clásica de todos los países, en sus lineamientos principales, es una obligación intelectual ineludible. No es mi intento negar que ese estudio sea fuente constante de impresiones elevadas y saludables a la inteligencia; pero afirmo, apelando a mí mismo y a la lealtad de los que en mi caso se encuentran, que después de tres capítulos de *Afinidades electivas* o del *Wilhem Meister* de Goethe, es con verdadero alivio que tomo un romance de Daudet o de Dickens. Sostengo también que el simple título *Alfieri, Tragedie* o *Corneille, Théâtre Complet*, me hace una impresión análoga a la que debe sentir el triste oficinista que encuentra sobre su mesa una montaña de notas para copiar... » « Los nobles y viriles sentimientos de los héroes de Corneille, el verso altivo de Alfieri, la elegante y exquisita armonía de Racine o la incomparable claridad de Voltaire, serán siempre modelos para los que tratan, en el mundo de las letras, de cimentar su gloria en la producción de obras de larga vida. Pero nuestras necesidades inmediatas son otras, y otra cosa pedimos hoy al arte dramático de lo que se le exigía en los siglos XVII y XVIII. No es la vieja cuestión de los antiguos y los modernos bajo otra forma; ¿quién piensa en ello? Vamos al placer, de prisa, con la ansiedad de las emociones violentas, repitiéndose en todos los momentos. Pedimos a

(1) MIGUEL CANÉ, *Prosa ligera* : La cuestión del idioma.

(2) MIGUEL CANÉ, *Ensayos* : Si jeunesse savait...

la novela y al teatro, más que los análisis lentos y profundos de Goethe, más que los arranques generosos de Schiller o la elevada atmósfera de su idealismo, algo que nos toque de cerca, nos sacuda un instante (1). »

Hemos transcrito este trozo, pues, lleno de sinceridad, refleja abiertamente lo que muchos piensan sin atreverse a decir, y orienta el asunto tan discutido de la cultura clásica en un sentido práctico y de acuerdo con la realidad de los hechos. La cultura clásica no puede ser hoy día un punto de partida. Con un contenido filosófico, teológico e histórico, sin puntos de contacto con las ideas modernas, requiere para su adquisición vastos conocimientos o el uso constante del diccionario que impide y anula todo goce estético. La marcha de lo conocido a lo desconocido se impone fatalmente en la ordenación de las materias de enseñanza, y los estudiantes de tiempos venideros entrarán en contacto con los bellezas literarias contemporáneas y, desandando camino, se remontarán a las fuentes clásicas.

Cané, en plena madurez de espíritu, entró en contacto con los grandes pensadores españoles y les dió señaladísimo lugar en sus predilecciones modificando así, fundamentalmente, el juicio que expresara en estos términos anteriormente : « La educación que recibimos sirviéndonos de textos franceses, el encanto de la literatura galicana y, sobre todo, la universalidad de ese idioma maravilloso que no decae nunca... nos aparta constantemente de la literatura castellana (2). »

« Empleado el tiempo de la lectura, bien corto en nuestra agitada vida política, en leer novelas, versos y libros de historia en francés, alejados *con horror de las publicaciones hebdomadarias de la prensa española*, raro era aquel, entre nosotros, que conociera pasablemente el siglo de oro de la literatura española y que poseyera la colección de Rivadeneyra, más que como un simple adorno de su biblioteca... Por mí sé decir que fué *bien entrado en años* que leí a Solís, a Quintana y a otros de los maestros que nos presentan el cuadro incomparable de nuestra lengua(3).»

(1) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias* : Wagneriana.

(2) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias* : Un nuevo libro del doctor Gutiérrez.

(3) MIGUEL CANÉ, *Prosa ligera*.

Y, al darles lugar preferente, parece querer recuperar el tiempo perdido, llevando el entusiasmo a su más alta expresión. En efecto, ¡con qué alegría abre su alma a todas las delicadezas, a todos los hallazgos de sus artífices geniales! ¡Con qué hechizo se sumerge en la prosa de Pereda, prosa enjuta, de anatomía precisa y proporcionada, de esqueleto sano como las brisas del Cantábrico y los perfumes de las Peñas de Europa! Su alma de artista se exalta leyendo las páginas incomparables en que, con perfiles cervantescos, se mueve la figura de Pae Apolinar, repartiendo latines, coscorriones y, como el santo de la leyenda, la mitad, no ya de su capa, sino de su traje, quedando con lo estrictamente preciso para no ofender la moral. ¡Qué no daría por haber sido actor en el pintoresco cuadro y con los arrapiezos cerriles correr por las callejas del Bajo, encaramarse a la ciudad altera y desbarrancarse para juntar peces que huelen a brea y que saltan desesperadamente entre los riscos en que se quiebra la plea mar!

Y. Núñez de Arce, Campoamor y otros, y todos encenderán su espíritu, despertando afinidades culturales que irán a acentuar las predilecciones que sintiera Cané, desde los comienzos de su iniciación literaria, por aquellas formas de la literatura que mueven suavemente el espíritu, sin explosiones, sin desgarramientos profundos, sin convulsiones epilépticas, ni desvarios morfinómanos, y medianamente entusiasta, como hemos visto, de la cultura clásica, su finísimo espíritu lo lleva, sin embargo, a la serenidad, a la calma noble y a la proporción justa del clasicismo, al que desea ver renacer en sus formas sin fomentar su contenido. Ni el tiempo ni la avalancha libresca disminuirán en un ápice sus predilecciones primitivas y, entusiasta admirador de Dickens como lo fuera Ruskin, busca en ese genial estilizador de las virtudes y vicios humanos, la visión consoladora de un escenario en que los pícaros son castigados y las virtudes premiadas.

SU TIPO INTELECTUAL

La impresión dominante que deja la lectura de las obras de Miguel Cané, es de *esprit*, de *humour*, sin que de esto pueda in-

ferirse que sea un humorista. El *esprit*, en él, no es un fin, sino un medio, un instrumento para quitarle a las desnudeces del espíritu el tono de familiaridad que surge de toda confesión demasiado explícita. Miguel Cané nos invita a vivir la existencia de sus ideas; nos franquea la entrada del recinto de sus aficiones estéticas; sin falsos miramientos, confiesa tal o cual debilidad cultural y deja traslucir entusiasmos juveniles en una edad en que otros hacen alarde de actitudes inconmovibles; pero, aristócrata intelectual y del sentimiento, tiene pudor de sus intimidades psíquicas, y con una frase, una palabra, un monosílabo, a veces, detiene al lector impaciente por quebrar los formalismos y levantar el velo de las indiscreciones.

La producción literaria de Cané es la de un espíritu equilibrado que tiende a una finalidad altruista. La forma verbal es llana y carece de las divagaciones lexicográficas y obscuridades arcaicas, que han hecho de la moderna literatura un remedo insubstancial del preciosismo decadente del siglo XVII. Su lógica, fundada en la evidencia empírica, revela un espíritu sin pretensiones ni excentricidades.

Del estilo, piensa lo que pensara Brummel del arte de vestir, que debe fundirse con la idea, a la que trasunta cómo el traje debe adaptarse al sujeto sin desnaturalizarlo ni caracterizarlo por sí, y convencido íntimamente que se escribe para desarrollar científica o estéticamente una idea, en la cual reside la verdad o la belleza, quiere que la forma, simple envoltura, se someta al imperio de la idea.

El pauperismo ideológico, la anemia, el linfatismo psíquico de todas las edades, han dado esa generación híbrida, muchedumbre sin contextura que llena los catálogos de los museos de segunda categoría y los estantes inaccesibles de las bibliotecas del mundo entero. Por lo contrario, la idea, destacándose luminosa sobre la forma, ha hecho la inmortalidad de Homero, Dante, Virgilio, Leonardo, Rafael, Beethoven, Wagner, Cervantes, Shakespeare.

Cané escribe para ser comprendido y con instintiva repugnancia evita los rebuscamientos verbales que entorpecen la lectura flúida y comprensiva. Está convencido que el vocabulario usual de un hombre educado de su época es el mismo que sirviera

para construir las maravillas literarias del siglo de oro de la poesía castellana y, por lo tanto, no se cree autorizado para aumentar las acepciones, ya tan diversas de los vocablos, con otras que sólo son exactas para el instante de fugitiva emoción que los creara. Rechaza todo hermetismo. El libro es para él uno de dos interlocutores, siendo el otro el lector; el primero tiene, pues, todas las ventajas, y debe tener, en consecuencia, ciertas atenciones con el segundo, como ser, la claridad de la expresión, la elegancia de la forma, más cierta novedad en el fondo o la forma, que atraiga la atención y contribuya a fijarla.

Dispone, al correr de la pluma, del vocablo adecuado a la idea, tiene la frase ágil, el párrafo rotundo, pero es impotente para crear la frase rítmica: « Yo que jamás he podido armonizar dos rimas o vencer un ritmo (1). » Deseado hubiera, sin embargo, poseer el privilegio de condensar la idea en la simetría medida de la estrofa. « ¡ Oh, si yo fuese poeta! ¡ Si encontrara en mí esa fuerza creadora que concentra el mundo, el espacio, los cielos y todo lo creado, en una idea envuelta en armoniosa frase musical (2)! »

Esa incapacidad es sólo para la forma, pues posee, por intuición y por cultura, la facultad perceptiva de la belleza; facultad que dirige sus elecciones temáticas y las tonalidades con que las presenta, logrando sugerir en el lector las asociaciones poéticas que han presidido la gestación de sus emociones personales (3).

Sabe describir; esquematiza el asunto, lo reduce a sus rasgos típicos; arroja luz sobre lo importante, desarrolla con vivacidad y fuerza. Léase las páginas en que relata una sesión de la Cámara de diputados, otra de la de senadores y, finalmente, una de la Academia de París (4), y es indudable que las figuras de Grévy, Rénan, Gambetta, se incorporan a la galería de imágenes familiares.

(1) MIGUEL CANÉ, *Ensayos*, tomo I.

(2) MIGUEL CANÉ, *Ensayos*: Tema viejo.

(3) Léase las descripciones del descenso del Magdalena, su estudio de Dickens, descripción de Miramar, etc.

(4) MIGUEL CANÉ, *En viaje*.

En las descripciones geográficas sabe encontrar la fórmula para que el lector reconstruya imaginariamente el escenario. ¿Quién olvidará, una vez leídas, aquéllas del mentidero de Bogotá, el Altozano, la del Magdalena con sus enigmáticos caimanes o la del soberbio Tequendama? Peregrino infatigable describe, deleitándose, emociones gratas otrora y sus indiscreciones diplomáticas (?) son amabilísimas deferencias que obligan al agradecimiento.

Este aspecto intelectual, de características hasta ahora generales, se complementa con la faz afectiva que se pone de manifiesto en su poder emotivo, que se aguza hasta asociarse al llanto de una niña por la muerte de un turpial o se diluye en el recuerdo de sus amados ausentes y del sinnúmero de seres a los que se asocia por simple simpatía humana.

Su emotividad es dúctil en la alegría y espontáneamente acude a nuestro recuerdo tal o cual tela de Van Ostade o de Brower, al saborear la comicidad de la descripción del hotel de la Guayra o de los sinsabores de la estada en Consuelo, con el regocijante episodio del grillo perseguido y aniquilado por indigno chancletazo (1).

Los rasgos de buen humor son también frecuentes en sus escritos; recuérdese aquel con que finaliza el bosquejo del poco simpático don Carlos, hijo de Felipe II, que llevara su intolerancia hasta obligar a su zapatero a comer el cuero de unas botas en que el artífice no había lucido sus habilidades: « Conozco gentes, mártires ilustres de crispines chambones, que, en el fondo del alma, perdonarán a don Carlos ese rasgo (2). »

Hasta ahora, pues, tenemos un tipo intelectual interesante por la variedad de sus capacidades cognoscitivas, alimentadas por sensaciones múltiples, que un intenso poder de atención convierte en imágenes claras que se asocian lógicamente, dando por resultado razonamientos fundados en la verdad, que originan ideas generales que sistematizan su cultura directa e indirecta. Tipo intelectual que se integra con la capacidad emocional, constituyendo así un índice psíquico equilibrado, al que se agregará

(1) MIGUEL CANÉ, *En viaje*.

(2) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*: Don Carlos.

cierto número de cualidades que analizaremos en el párrafo siguiente, y que son las que dan a Miguel Cané la nota de originalidad que le señala lugar destacado en las letras argentinas.

Como característica personal, señalaremos, en primer lugar una, que si no le fué exclusiva en esa época, pues también Mansilla y Wilde la tuvieron, cobra con Cané tonalidades propias que hacen inconfundible su estilo. Nos referimos a la ironía.

Ironía que no hiere; el hombre espiritual no es, para él, « aquel que tiene constantemente sobre los labios *le mot pour rire*, que vive tiranizado por su fama de gracioso y que sería capaz de sacrificar el honor del hermano en obsequio al éxito de una ocurrencia » (1).

Ironía ligera y amable que casi es un cariño al hacernos el relato del viaje del coronel Antonio Cané, quien cruza 600 leguas en seis u ocho meses « deteniéndose donde encuentra buena acogida... y buenas mozas » (2).

Ironía que se desquita de algún crítico con exigencias trascendentales : « Es antigua como el mundo la sentencia aquella de que, para adquirir inmortalidad en el reino de las letras es indispensable ser soberanamente fastidioso (3) », o « en traduciendo literalmente ese pensamiento encuentro que, lo que el crítico vitupera en Macaulay, era no ser bastante fastidioso » (4).

Ironía que se ensaña en el *parvenu*, « el amigo afortunado en negocios bursátiles, cree que hubo un tiempo en que anduvo en tílbury y leía sus artículos » (5).

Ironía que al traducir el pensamiento del rastacuerismo intelectual, dice : « Música ligera, cómoda; el corazón queda tranquilo y el espíritu no trabaja como cuando se oye a esos imbéciles de Mozart o Weber (6). »

Y que a veces, exitada por un poco de pesimismo, cae en la

(1) MIGUEL CANÉ, *Ensayos* : Ricardo Gutiérrez.

(2) MIGUEL CANÉ, *En viaje*.

(3) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias* : Kean.

(4) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias* : Kean.

(5) MIGUEL CANÉ, *Ensayos* : Viejo tiempo.

(6) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*.

paradoja, como cuando, al describir la corrida de toros en Caracas, dice que sus simpatías « cuando el toro es bravo y el hombre hábil y valeroso, se inclinan al primero » (1).

Pero, si la ironía es brillo que ameniza su estilo, la tendencia estética es aliento vital de todo su pensamiento. « Si algo retiene, si algo liga los brazos y encadena el espíritu, si algo levanta de las más duras agonías, si hay un amparo seguro contra el tedio eterno, es aquello que el mismo Schopenhauer, metido en su noche germánica, en la atmósfera deletérea del pesimismo, miraba como onda de luz, alumbrando siquiera una de las fases de la naturaleza humana: el ¡ arte! (2) »

No solamente el goce estético justifica la vida, sino que, además, une a los capaces de sentirlo en una región suprasensible en la que Cané se sumerge con deleite. « ¡ Heme aquí hundido en esa región querida a mi alma, en la que se mueven los hombres de genio, chispean los versos, deslumbran las estatuas en la inmaculada blancura del mármol o encantan los colores indescriptibles de los pinceles divinos! (3) ». Pero, y he aquí la nota original que hace de Cané un eximio pedagogo a la manera de Montaigne, sin pretensiones a la didáctica pero influyendo sobre las ideas; Cané no quiere el arte, « sofocado, asfixiado dentro de la concepción vulgar que lo limita a la frase métrica, al ritmo musical, al lineamiento de una estatua, al colorido de un lienzo o a la armonía de una corniza ». Quiere « el Arte respirando en todo el Universo, como el principio divino del panteísmo, brotando a los ojos del que ya sabe mirar, de todos los rincones de la Naturaleza, jugueteando en las nubes de la tarde, formando legiones de hadas en los celajes del horizonte hasta desvanecerse sonriendo, para volver a brillar un momento después en el clarear mágico de las estrellas o en el lento murmullo del mar. El Arte envolviendo en su seno, infinito como la idea de Dios, todas las manifestaciones de la vida, relampagueando en una frase espiritual, modelando por su influencia maravillosa hasta las pasiones más brutales y convirtiendo al hombre, cuyos

(1) MIGUEL CANÉ, *En viaje*.

(2) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*: Sobre una carta de Renan.

(3) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*: Sobre una carta de Renan.

instintos lo nivela a la bestia, en un poeta, en un espíritu superior » (1).

Su espíritu, que así se satisface con las magnificencias naturales, no condesciende con los alambicamientos del arte moderno. « En el cansancio de la vida moderna... cuando el libro es un laberinto, la estatua un espasmo, la tela un policromo, el verso un enigma y la música un caos, se recibe, como una bendición del Cielo, el fresco rocío de una obra maestra impecable en la sencillez inmaculada de su corte. »

Orientado definitivamente en la corriente idealista, se hace un ardiente preconizador del espiritualismo educacional. « Hay que formar la inteligencia; darle la elasticidad necesaria más tarde a la rapidez de las percepciones. Esto es lo que nos ha faltado, eso es lo que nos falta, y a eso deben tender todos nuestros esfuerzos. Son los estudios desinteresados, las nociones que, por decoro, el espíritu humano debe adquirir, todas esas deliciosas cosas inútiles que hacen la vida amable, las únicas que podrán levantar nuestro nivel intelectual (2). » Y más lejos, en el mismo capítulo, concreta aún más su pensamiento: « Que los buenos vientos del espíritu hinchen generosos las velas de nuestra nueva Facultad de letras, por un lado; y por otro, que todos los hombres de buena voluntad ayuden al desenvolvimiento del modesto Museo de bellas artes y mucho se habrá hecho para que nuestros hijos sean más cultos que nosotros. »

Sus principios estéticos son fundamentales. Pide a la poesía que cante lo que no pasa, « lo que es inmutable y permanente en nosotros, los sentimientos que forman la base granítica de nuestra constitución humana (3) ». Porque él cree que « todos conservamos en el alma con más o menos conciencia de ese depósito divino, el amor a lo bello, y la tendencia inalterable a la armonía. En algunos, desborda ese sentimiento, y es en los que crean; en otros, se perfecciona por la observación, y es en los que juzgan » (4). Y esa armonía que Cané buscó siempre en todo lo que

(1) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias* : Sobre una carta de Renan.

(2) MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones* : Mirando cuadros.

(3) MIGUEL CANÉ, *Ensayos*.

(4) MIGUEL CANÉ, *Ensayos*.

le rodeaba, la encontró hasta en « un *entrechat* o en una *glissade* bien hechos. La armonía me entra por los ojos como por el oído ».

Pero no quiere complicar ni amalgamar géneros. Así dice : « Yo no busco filosofía ni enseñanzas morales en las novelas; tengo para esos estudios mis libros especiales, que enseñan cuanto se ha dicho al respecto desde Anaxagoras hasta la fecha. Yo busco una atracción tan poderosa, que el brazo se me duerma soportando mi frente, o que entre la luz de la mañana por el cristal de mi cuarto y me sorprenda arrancándome con violencia al encanto de la lectura. Busco un elemento de olvido, un calmante para la excitación de mis nervios, una fórmula que contenga la cantidad de atracción suficiente para substraerme a dolorosas preocupaciones (1). »

Cree, además, que el espíritu tiene necesidad de ser entretenido con fórmulas variadas de arte, no debiendo faltar aquellas que, sin ser inmortales por su adaptación a la corriente de la época, satisfacen momentáneamente : « Actualmente (1877) se publican en París dos o tres teatros completos; quien tenga en su biblioteca las piezas dramáticas de Dumas, Sardou, Augier, Barrière, Meilhac y Halévy, Labiche (no os sonrojéis puritanos, que ninguno de nosotros es capaz de escribir el *Viaje de Mr. Perrichon*), y algunas otras más, puede desafiar impunemente un par de inviernos a pasar, etc. (2). »

SU NACIONALISMO

El nacionalismo de Cané está teñido de orgullo español (y síno dígalos la frase : « los que no tenemos el honor de descender de indios americanos o negros africanos (3) »), pero es orgánicamente criollo.

La idea de la patria lo acompaña constantemente, y es, en realidad, el común denominador de todas las fracciones de cultura que su experiencia múltiple le ofrece, y que él adquiere con deleite intelectual.

(1) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias* : Leyendo un libro.

(2) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias* : Leyendo un libro.

(3) MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones* : Notas de arte.

Quiere a su patria con todos los egoísmos y con todas las vanidades aparentes y desea, con fuerza, que todos la encuentren bella y grande. Y su deseo es tan fuerte, que llega a caer en puerilidades, a tomar en cuenta detalles ínfimos. Así, la campaña que emprende con Lucio V. López, *Pro arte y pro patria*, para conseguir que el juicio que se forme el actor Rossi del gusto del público argentino sea favorable!...

En sus viajes, él, esteta refinado, interrumpe sus goces espirituales, escudriñando lo que podría ser utilizable, lo que conveniría para el perfeccionamiento de los suyos y también en este caso, la preocupación dominante le hace suponer conveniente adaptaciones que hoy, viendo los resultados, nos hacen sonreír. Así, su entusiasmo por recitales poéticos en el *Chat Noir* o espectáculos del *Epatant*, presenciados en París, y que «después de sometidos a ciertas reducciones morales podrían presentarse al público argentino (1)».

Su interés por nuestra superioridad americana es evidente y deja constancia de ello con frecuencia. Así bendice la aridez aparente de las llanuras argentinas, el abandono colonial, el aislamiento que dió lugar a la formación de una sociedad democrática: «entre todos los pueblos sudamericanos, somos el único que ha tenido remotas afinidades con las colonias del norte, fundadas por los puritanos del siglo XVII (2)». Al estudiar las regiones habitables de Colombia, agradece a la Providencia que nos ha dado un terreno todo aprovechable y exento de enfermedades. Opone, con cierto orgullo, muy fundado por otra parte, a la guerra sin cuartel que responde al célebre decreto de Trujillo, la forma en que se realizaron las luchas de nuestra independencia, y hace observar que «jamás un ejército español pasó al sur de Tucumán; jamás en nuestros campos reclutaron hombres los realistas», y más lejos, «en medio de la lucha se observaban las leyes de la guerra, y después de nuestros desastres, como después de nuestros triunfos, el respeto por la vida del vencido era una ley sagrada (3)».

(1) MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones*: Notas de arte.

(2) MIGUEL CANÉ, *En viaje*.

(3) MIGUEL CANÉ, *En viaje*.

Pero su patriotismo no es exclusivista y absorbente. Reclama con orgullo sus derechos al título de americano, y las glorias de los países hermanos, por americanas, son algo suyas. ¡Con qué orgullo hace la síntesis de la historia del norte de Sud América. « Leer esa historia es un vértigo; cada batalla en que brilla la lanza de Páez, Piar, Cerdeño y mil otros, es un canto de Homero. Cada entrada de ciudad es una página de Moisés (1). » Su síntesis biográfica de Miranda puede ser incluída en un libro de lectura escolar de cualquier nación americana, por su claridad, sencillez e imparcialidad, y la lectura de sus opiniones relativas a San Martín y Bolívar, dictadas por un juicio sano, patriotismo reflexivo y mucha simpatía por los pueblos hermanos, podría ser una fuente de reflexiones sobre cómo se mantienen cordiales relaciones entre pueblos de un mismo origen.

Su americanismo se define al discurrir sobre la necesidad que siente de otro término que el de extranjero para nombrar a los americanos: « No puedo resignarme a designar con la misma voz a un uruguayo, a un colombiano, que a un alemán o a un ruso (2). » Y con una sinceridad de expresión, que no deja lugar a dudas, se lamenta de lo poco que nos conocemos los americanos del sur con los del norte ecuatorial.

SUS IDEAS SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS DE INTERÉS GENERAL

Ya hemos delineado, en general, la tendencia idealista que Cané asigna a la vida. Para él, el individuo que tiene la noción de lo bello y de lo bueno y la capacidad de descubrir estos dos principios realizados en el mundo natural, ha alcanzado la felicidad humana. Y esta tendencia que asigna para la vida en general, constituye su finalidad educativa, en una forma absoluta y casi excluyente de toda otra finalidad.

Pero su idealismo no disminuye su capacidad crítica y, fundado en la experiencia, no cree en el poder absoluto de la educa-

(1) MIGUEL CANÉ, *En viaje*.

(2) MIGUEL CANÉ, *En viaje*,

ción, afirmando que la fuerza de lo orgánico, del atavismo, de la herencia, contrarrestan poderosamente su influencia (1). El sujeto está *demarcado* por un conjunto de influencias y fuerzas que le dan carácter, definiendo sus aptitudes físicas, intelectuales y morales de tal modo que « la inteligencia es siempre idéntica a sí misma, y todo lo que hiere una vez, porque reviste un carácter fundamental arriba de toda transformación de criterio, la herirá eternamente » (2). « Las modificaciones que se operan en la conciencia de los hombres son puramente relativas; jamás penetran hasta transformar la esencia interior de nuestro organismo moral (3). »

Cané sigue, así, la corriente ideológica que iniciaron los grandes pensadores de la antigüedad y a la que, después de un balance ajustado a la razón, vuelven todos los innovadores de la pedagogía moderna. « La naturaleza es el principio de todo... Hay que seguir la marcha de la naturaleza; el arte y la educación terminan lo que ella ha comenzado » (Aristóteles, *Política*, libro IV). Plutarco, en la *Educación de los niños*, afirma idéntico concepto: « Tres factores concurren a la educación: la naturaleza, la instrucción y el hábito... la educación, sin la naturaleza, es débil e impotente ». Para Cicerón « la educación no hace al hombre; ella lo recibe de la naturaleza en el estado de boceto; su papel consiste en perfeccionarlo », y Quintiliano nos dice que la educación es impotente si la naturaleza no le ayuda.

Si de los clásicos pasamos a los modernos, leemos en Montaigne que el soberano precepto es adaptarse a la naturaleza, y Rousseau lleva este principio hasta crear un sistema que sintetiza diciendo « dejar obrar a la naturaleza o seguirla » (*Emilio*, libro I).

El alma del recién nacido no es una tabla rasa, y Cané opina con sensatez cuando quiere que el educador tenga en cuenta los antecedentes que la ciencia moderna sintetiza en herencia, antecedentes atávicos, etc.

(1) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*.

(2) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*.

(3) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*.

Discurre también Cané de acuerdo con la pedagogía de todos los tiempos, lo que equivale a decir con el sentido común eterno, cuando afirma que « las primeras lecturas que nos seducen son las que hablan únicamente a la imaginación » (1). Y se anticipa a las ideas de su época cuando condena rotundamente los internados y « a la austeridad de aquella vida funesta que, como se ha dicho con razón, participa la existencia del convento y del cuartel » (2).

Su concepto educativo es profundamente nacionalista, y se indigna ante la apatía de sus contemporáneos que miran con desdén la producción americana. Recomienda con palabras en que vibran generosas indignaciones, la lectura de libros que, como los de Sarmiento, son « genuinamente nuestros, que no han podido ser escritos en otra parte y que constituyen, hoy por hoy, la nota más clara y luminosa para ayudarnos a comprender la gestación caótica de nuestra nacionalidad » (3).

Pide que de la lectura de esos libros resucite la atmósfera intelectual que ha de impulsar a levantarse sobre las mezquindades de la vida, « para que se den cuenta que hay otras cosas en el mundo que el oficio de abogado, la chicana política, la operación de bolsa o el casamiento ventajoso... » (4). Y encarándose directamente con la juventud, le dice: « Lo que os pido es que seáis jóvenes, que no cerréis vuestros oídos a la voz de la buena sirena que os habla de cariño, de entusiasmo, de abnegación (5). »

El *leit-motiv*, expreso o latente en todos sus escritos, es la necesidad de buscar en el ideal la justificación del vivir, y dirige constantemente la atención de la juventud hacia los estudios desinteresados, hacia las prácticas del espíritu que lo ennoblecen; y es indudable que su espíritu habrá estado de acuerdo con el de Aristóteles cuando éste dice: « Es menester, desde la primera infancia, que nos lleven de manera que coloquemos nuestros

(1) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*: Después de una lectura.

(2) MIGUEL CANÉ, *Charlas literarias*.

(3) MIGUEL CANÉ, *Prosa ligera*: Sarmiento en París.

(4) MIGUEL CANÉ, *Prosa ligera*: Sarmiento en París.

(5) MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones*: La bestia hombre.

goces y nuestros dolores en las cosas en que conviene ponerlos... Para el hombre, lo que le es más propio es la vida del entendimiento, ya que el entendimiento es verdaderamente todo el hombre. El hombre puede vivir, entonces, no tanto como hombre, sino por lo que hay de divino en él » (*Moral a Nicómaco*, libro II). Y su asentimiento habrá sido mayor si, leyendo al mismo autor, sus ojos han recorrido las siguientes líneas que resumen maravillosamente el pensamiento de Cané: « Se debe reconocer que existen ciertas cosas que hay que enseñar a los niños, no como cosas útiles o necesarias, sino como cosas dignas de ocupar a un hombre libre, como que son cosas bellas... La preocupación exclusiva de ideas utilitarias no conviene ni a las almas nobles, ni a los hombres libres » (*Política*, libro IV).

Espíritu selecto que sabe encontrar el diamante en las mejores obras del pensamiento universal, no desdén los hijos rústicos del talento americano, y es con sincera convicción que busca en las obras literarias nuestras, las joyas que sabe ha de encontrar. Su emoción se acentúa cuando presenta a la juventud argentina la figura de Sarmiento, « y vosotros, jóvenes, los que os quejáis dolientes de que no hay atmósfera intelectual en nuestro país, hacedla revivir volviendo a las fuentes puras e incomparables del pasado. Leed esos libros admirables, escritos hace más de medio siglo y que, como las telas de los grandes maestros, conservan en sus líneas y en su color una frescura jamás igualada en el correr de los tiempos (1) ».

Sus ideas sobre feminismo son las propias de toda persona culta de su época; no ve en la mujer sino la compañera del hombre, que embellece su hogar y cuida amorosamente de los hijos. Desgraciadamente, por muy simpáticas y propias de la naturaleza femenina que sean estas ocupaciones, no arman a la mujer moderna para luchar con ventaja por el triunfo de la vida económica y se hace necesario, sino reemplazar el ideal añejo, darle formas más ajustadas a las necesidades modernas.

Cané, sin embargo, sea por el culto que profesa a la mujer y que se adivina en todos sus escritos, pues el *charme* femenino ha sido sin duda de ningún género, una de las formas en que la belle-

(1) MIGUEL CANÉ, *Prosa ligera*: Sarmiento en París.

za se le ha revelado constantemente, sea porque su espíritu caballeresco se subleva ante la visión del *surménage* del sexo que fué y que, según parece, ha de ser siempre débil, lo cierto es que el movimiento feminista es ante todo, para él, ridículo. «Generalmente los apóstoles del credo y del sexo son frutos secos de la especie, solteronas,... etc., etc. Esas mujeres, que no lo son, por lo menos en el vigoroso concepto natural, cuando sostienen y reclaman la igualdad de derechos políticos con el hombre, buscan sólo una compensación al adios eterno que han dado, y con razón, a las funciones normales que debieron corresponderles (1).»

Sólo admite como legítimo y realizable, la libre administración de sus bienes y la libre disposición del fruto de su trabajo.

Cae en contradicción, sin embargo, con su anterior repugnancia por la mujer *leader*, cuando nos dice que no hay que cerrarle el paso a toda carrera, a todo trabajo que pueda traerle la independencia y la dignidad; pues, mal podrá la mujer conquistar situaciones económicas, si la ley no se las defiende una vez conquistadas; y la ley que ha de defenderlas, es de presumir que no serán los hombres que, de *motu proprio*, las dicten.

Su concepto del socialismo se resiente también de sus ideas estéticas. Se le reconoce instintiva repugnancia por los choques violentos; por los aluviones rojos que arrasan, destronan viejas sociedades, aniquilan derechos y prejuicios de pretéritas razas.

Pero su repugnancia por el caos inevitable en toda revolución, no le impide comprender que, a pesar de todo y de todos, esas transformaciones han de realizarse y es hasta con curiosidad que plantea en el final de su capítulo *La ola roja* (Notas e impresiones), el interrogante respecto a lo que significarán en las postrimerías del siglo XX las palabras propiedad, democracia y parlamento.

El concepto que se forma, relativo al porvenir de la raza negra, no parece en la actualidad muy ajustado con los fenómenos del presente. ¿Qué diría Cané, que en 1896 aseguraba para un futuro cercano la desaparición de la raza negra, si asistiera a los esfuerzos que actualmente realizan sus dirigentes para conquistar el

(1) MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones* : La bestia hombre.

lugar que les corresponde en el trabajo armonizado de la humanidad, esfuerzos que tienen a su servicio cerebros de capacidad poco común y que dan resultantes literarias que ocupan nada menos que la atención de la docta capital del mundo intelectualizado?

Pero estos errores de apreciación no restan importancia a la figura literaria de Cané; revelan, con más claridad que sus aciertos, que fué poseedor de una inteligencia vasta y poderosa que proyectaba su atención sobre todo lo que es de interés humano.

Se conservó siempre idealista, buscó la satisfacción del espíritu mismo y se nos revela de cuerpo entero cuando al increpar a la juventud moderna, le reprocha su falta de ideal: « Sí, mis jóvenes amigos, el ideal, aun con sus puntas de ridículo, es necesario, es indispensable en la vida. No ahoguéis, por Dios, por prurito de modernismo, por *pose* de hombres prácticos, por snobismo de espíritus secos y positivos, los ímpetus generosos que os mueven a arrojaros a la cabeza de un caballo desbocado, a las llamas de un incendio, al socorro de un hombre que se ahoga (1). »

Y defendiéndose de la sonrisa que adivina se dibuja en los labios de su joven lector, dice: « ¡Chocheces, lirismos de viejo! De ellos ha vivido el mundo durante miles de años y al fin, si la humanidad tiene un patrimonio de gloria, no lo conquistaron, por cierto, el egoísmo, el cálculo frío o la cobardía. Fueron estos gérmenes de nobleza que, en los buenos momentos, sentimos dentro de nosotros y que, en resumidas cuentas, son las únicas que pueden, vaga y remotamente, justificar nuestra pretensión a un origen divino (2). »

Y así llegamos al final de nuestra jornada, habiendo pasado algunos momentos en buena compañía, con un espíritu optimista por naturaleza; pesimista a ratos por el mal ejemplo de los otros; pero que quiere a todo trance encontrar que la vida es buena, que el sol es luminoso, que las flores son fragantes, las mujeres graciosas y amables, los niños adorables; y que el pa-

(1) MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones*: La bestia hombre.

(2) MIGUEL CANÉ, *Notas e impresiones*: La bestia hombre.

norama en que todo ello vive, está lleno de mirajes y realidades que se superan a porfía en grandeza y esplendor.

Espíritu noble, espíritu exquisito que, como exponente de una época, asegura en forma absoluta que el porvenir intelectual de un país que tuvo por gestadores tales índices de civilización, no puede ser sino de la más alta y refinada cultura en su triple fase: intelectual, moral y estética.

Abril, 1922.

CLOTILDE GUILLEN DE REZZANO.